

EL ESPÍRITU AGONAL: COMPETITIVIDAD EN LA ANTIGUA GRECIA

Por **Gonzalo MATA GARCÍA**

Historia I

Universidade de Santiago de Compostela

Abstract: The text below talk about the competition in Ancient Greek, nevertheless it will be not on Olympic games only but in daily life and in different appearances of a specific section of Greeks namely, the polis citizens, and the aristocratic, to be precise. And finally, these ideas are extracted, initially, from a 19th century work, *Griechische Kulturgeschichte*, of Jacob Burckhardt.

Keywords: Greeks, rivalry, aristocratic, games.

Al iniciar este artículo, casi resulta inevitable no prestar atención a la máxima: *non nova, sed nove*, ya que al hablar de la competitividad en la antigua Grecia, lo primero que a uno acostumbra a imaginarse es la representación de los diferentes juegos que tenían lugar entre los habitantes de una región concreta del Mediterráneo cuya lengua (aún con variantes) hacía de vínculo de unión. Sin embargo, lo que se pretende aquí, es ampliar el panorama, el campo de actuación de la competitividad entre los griegos de hace más de dos mil años y mostrar cómo esa necesidad (ya veremos que como tal será tratada de ahora en adelante) de competir, de rivalizar con un oponente, será aplicable no sólo a los juegos Olímpicos, a los Nemeos, a los Píticos, a los Ísmicos o a los panateneos, si no que podría ser extensible a todas (o gran número, cuando menos) de las esferas de la vida cotidiana desempeñadas por los griego. Pero, es mejor ir por partes.

Llegados a este punto, la presentación de Jacob Burckhardt resulta inexcusable, y será precisamente él quien nos proporcione la sensación de viajar a hombros de gigantes. Es precisamente una de las obras de este historiador suizo, en

concreto la escrita como apuntes para impartir setenta horas de docencia en la universidad de Basilea, o lo que es lo mismo, su *Historia de la Cultura Griega*, la que nos introduzca en la cuestión de la competitividad, los agones y su espíritu. Espíritu que sin duda provocará una visión diferente del mundo griego clásico. Visión que no dejará, al igual que el resto de su obra, de estar influenciado por el pesimismo de A. Schopenhauer. A pesar de lo cual, no podremos detenernos a comentar todos los posibles préstamos o relaciones filosóficas que pudiesen haber existido. Si bien, podrían enumerarse las posibles fuentes de las mismas. De este modo, al igual que para F. Nietzsche, A. Schopenhauer, como ya se ha señalado, será su filósofo de referencia; al mismo tiempo tendríamos que señalar, a Hegel, aunque sería algo más controvertido encontrar los puntos en común entre ambos. No podemos dejar de lado, aunque sea superficialmente, la influencia que la amistad entre Burckhardt y Nietzsche pudo haber creado; al tiempo que debe ser mencionado el historiador alemán Droysen. Por otro lado, el nombre de L. von Ranke ocupa uno de los primeros puestos en la influencia que el joven basileo recibió durante su etapa de formación en la universidad berlinesa; así como la obra de Fustel de Coulanges. Podría verse también algún atisbo con la obra de L. von Lassaulx. Y ya algo más lejano y comprometida, sería su posible vinculación con Vischer, Toqueville o Schiller. En cualquier caso, se aprecia que, en la obra de Jacob Burckhardt, el panorama cultural de su momento, y más aún, su propia biografía, jugarán un papel protagonista en su proceso creativo.

Dejando ya de lado estas primeras notas introductorias, y dispuestos a entrar en materia, lo más aconsejable, tal vez, sería comenzar por exponer brevemente, el concepto que el propio Burckhardt tenía de la Historia de la Cultura, al tiempo que se dejará al descubierto su *Historia de la Cultura Griega* y se podrá proceder a analizar la cuestión de los agones y del *espíritu agonal*, lo que sin duda alguna nos transportará a la visión de la competitividad en la antigua Grecia que se pretende diseccionar con estas líneas.

Intentar hacer una exposición clara y sucinta de la noción que J. Burckhardt tenía de la Historia de la Cultura, supone, aquí, dejar al margen el debate abierto con respecto a los términos cultura (Kultur) y civilización (Zivilisation), o cuando menos no entrar a valorar sus diferentes valores y connotaciones, de modo que tan sólo se podrá exponer la visión que a nuestro entender mostraría el propio historiador suizo. Es por ello, por lo que desglosaremos el término para encontrar un genitivo que, aunque difiera levemente de ser la mera unión de ambos términos, sí nos proporcione el punto de partida para su comprensión.

La historia pues, debería ser entendida como coordinación, en contraposición a la filosofía (que sería subordinación), al tiempo que lo histórico es mudable, siendo la mudanza la esencia de la historia. A esto deberíamos sumarle el tipo de fuentes que se permiten para el conocimiento del pasado, que en el caso que nos atañe, serviría casi cualquier naturaleza para lograr dicho propósito (lo que entra

en contradicción con Hegel y L. von Ranke) . Finalmente, el motor de la historia sería el hombre. El hombre como ente plural, como colectividad, lo que nuevamente se opone a la visión mantenida por Hegel (la Providencia sería quien encarnaría el protagonismo).

Junto a esta escueta caracterización de la historia en Jacob Burckhardt, tenemos también la de cultura, cuyo significado es bastante más vasto, ya que en su definición engloba tanto a la religión, al arte, al Estado...y retomando sus propias palabras: «toda suma de evoluciones del espíritu que se producen espontáneamente y sin pretensión de tener una validez universal o coactiva»; es pues, una amalgama de realidades, un cúmulo de hechos en un conjunto unitario.

Tal vez ahora ya sea algo más sencillo poder acceder al genitivo y entender el significado que la Historia de la Cultura tendría para Burckhardt, de modo que la definiremos como la indagación (o el resultado de la misma) que pretende acercarse plenamente al ser humano, en todo su esplendor, con todas sus virtudes pero también con sus defectos. De este modo, la Historia de la Cultura sería un término que abarcaría un gran número de manifestaciones sin pretender ser todas ellas.

Esta Historia de la Cultura es indisociable de la noción de *espíritu griego*, quien a su vez debe ir inexorablemente unido al pesimismo schopenhaueriano que caracteriza la obra de Burckhardt.

Es posible que con todo lo expuesto ya se pueda crear una imagen, a menos superficial, de la obra, y el sentido que a la misma pretendía darle, el historiador basileo. De este modo debería ser más sencillo poder acceder a entender su visión del *espíritu agonal*, aunque sería necesario añadir una brevísima caracterización biográfica del autor.

Para ello debemos situarnos en la Suiza del siglo XIX, en concreto en el cantón de Basilea ciudad, y en su capital, en donde confluyen tres figuras cruciales para la cultura europea del siglo, a saber: J. J. Bachofen, F. Nietzsche y J. Burckhardt. A ello habría que añadir la pertenencia familiar del historiador a uno de los grupos más influyentes y con fuerte tradición mercantil, pastoral y académica de la pequeña ciudad suiza; a la vez que pertenecen a la élite urbana del cantón. En consecuencia, su educación fue de claro cariz elitista, aunque no se vio encaminada hacia los negocios (como acostumbraba a ser habitual en la «pequeña polis»), a la vez que recibió una fuerte influencia humanista con amplio conocimiento de la cultura clásica. Debe tenerse aquí presente el sistema educativo alemán de la época. Si bien, para el cantón a que hacemos referencia, las influencias a nivel educativo tanto tuvieron su referente en el sistema germano como en el francés.

Finalizadas ya las presentaciones pertinentes, es hora de coger de la mano a (o subirse a los hombros de) Jacob Burckhardt e introducirnos plenamente en el *espíritu agonal* que, a modo de niebla, se extendería por toda la Héléde.

El concepto griego de agón acostumbra a traducirse por «reunión, asamblea» y su etimología, aunque controvertida, podría encontrarse en el verbo *ago*, cuyo significado podría traducirse por «llevar, traer». Pero para nosotros pasará, como veremos a continuación, a traducirse por competición o competitividad, siendo éste el significado que de ahora en adelante tendrá en estas líneas.

Cuando se habla de la competición en la antigua Grecia, lo más frecuente es que se asocie directamente con la celebración de los diferentes juegos, a los que ya se ha hecho mención con anterioridad, y aunque veremos que no será ése el único campo de aplicación de los agones, surge una pregunta inicial al respecto, ¿por qué esforzarse por ser superior a un rival por una simple corona? —Corona que para el caso de los juegos Olímpicos era de olivo; en los Ísmicos en un primer momento fue de pino para, tal vez, después pasar a ser de apio; en los Píticos de laurel; en los Nemeos de apio; en los Herenos (siendo éstos de carácter femenino) de olivo; y en los Panateneas, siendo ésta la excepción, una ánfora panatenaica llena de aceite— Como iremos viendo, este interrogante tiene una respuesta que no resulta fácil de comprender, y menos cuando media una distancia de algo más de dos mil años. Lo más sencillo sería pensar que todos los planos, a saber, religiosos, sociales, políticos, económicos...han cambiado, y que por lo tanto nuestra perspectiva no se ajustaría a la realidad, pero es menester del historiador proporcionar una interpretación de los mismos (y no hacer como el gato del refrán inglés); aunque evidentemente, esa interpretación debe ser sólida y con unos fundamentos aceptables.

Así pues, nos tenemos que remitir a las fuentes clásicas que nos hablen de los agones, y la primera de ellas no podía ser otra que la *Ilíada*, en cuyo canto XXIII inicia un sinfín de referencias al término agón, y que desgraciadamente no podrán ser analizados aquí en su totalidad. Es en esta primera referencia en donde nos encontramos con la celebración de unos juegos fúnebres en los que tanto el vencedor como su rival obtendrán una recompensa por la disputa realizada. Existe aquí una primera muestra de rivalidad, de *espíritu agonal*; si bien la naturaleza de tal competición será de carácter mortuorio (en honor a Patroclo). Pero no serán los juegos fúnebres los únicos eventos en los que aflore el *espíritu agonal*. Ya hemos hablado de los juegos como ente propio. A ellos tendríamos que sumar diferentes aspectos de la vida cotidiana de los griegos, todos ellos documentados en los diferentes autores clásicos.

De este modo, observamos que existe un lugar en donde los juegos se realizarían de modo extraordinario. Quizá fuese más conveniente afirmar que existen diferentes lugares para la celebración de los juegos, pero que entre todos ellos existe uno que brillará con luz propia y que, sin lugar alguno a dudas, será el centro agonal más importante. Este lugar no podía ser otro que Delfos. En este santuario ubicado en la antigua Fócide, en el monte Parnaso, se levantó un santuario dedicado al dios Apolo y el cual, junto al oráculo, y los edificios que

albergaron los diferentes «tesoros», existieron instalaciones en las que los griegos podrían competir entre sí y mostrar sus habilidades y superioridad frente a sus iguales. (...)

Junto a Delfos, y poseyendo la misma naturaleza religiosa, existieron otros centros agonales como el de Delos, Olimpia, Argos, Heliastos y Atenas. Con ello ya hemos unido dos celebraciones agonales bajo el denominador religioso, aunque se trate de hechos claramente diferenciados. Todos ellos, al margen del carácter religioso que los une, existe otro vínculo de unión. En concreto podría afirmarse que sería la modalidad de la competición, o mejor, su propia naturaleza, la que los uniría. No sería otra actividad más allá de la propia competición deportiva, en sus diferentes modalidades, entre las que encontramos la carrera de velocidad, la lucha a brazo partido, el pancracio, el lanzamiento de jabalina, la carrera de carros...y en las que la expectación debía de ser grande, puesto que tenemos referencias, en Diógenes Laercio, del fallecimiento, por deshidratación e insolación, del filósofo griego Tales mientras contemplaba una de estas competiciones, lo que nos hace suponer que la aglomeración de gente era elevada y que soportarían (mejor o peor) situaciones climatológicamente adversas.

En este tipo de celebraciones, tal vez sea en donde con mayor claridad se pueda contemplar el *espíritu agonal* que invadía a los griegos, ya que la propia rivalidad deportiva, el afán de victoria sería inmediato, puesto que el enfrentamiento en una competición deportiva está claro de antemano, y la fecha y el lugar también lo serían previamente. De este modo, se alcanzaría el mayor grado de expresión del agón en Grecia, y sería en estas competiciones en donde con mayor esplendor aparecería el agón.

Llegados a este punto habría que distinguir entre los agones gimnásticos, que sería lo que propiamente serían los deportivos, o cuando menos, la imagen que de ellos tendríamos y alguna otra competición, como las carreras de carros, que pudiendo incluirse como deporte, no gozarían del privilegio de ser meramente gimnásticas, pero que igualmente estaría recubierta de ese *espíritu agonal* dominante.

Sin embargo, la expresividad del agón no se limitará, como ya se ha señalado al inicio, a las competiciones deportivas. Éstas serán la cumbre, el vértice que corone lo que podríamos denominar una característica propia de la ciudadanía (en breve entraremos a matizar esta cuestión), casi lo que podría ser considerado un modo de vida, una cuestión inherente en el quehacer diario.

De esta forma, nos encontramos con que también existirán agones literarios, en los que los participantes competirán por la mejor obra, y en la que su propio carácter es variado, ya que se nos presentan desde meras reuniones en una misma polis hasta certámenes en los que se determinará, entre todos los participantes allegados, cuál ha sido el mejor trabajo dramático representado en la ciudad. Si bien, aquí podría hacerse una distinción entre las obras literarias

propriadamente dichas (aunque tendríamos que redefinir el concepto de literatura, lo que no procede) y la tragedia griega; siendo ambas disciplinas, fuente de inspiración para la presencia del *espíritu agonal* griego.

Junto a la literatura —y al teatro—, la filosofía también tendrá su pequeño papel entre lo agonal del mundo griego, ya que no resulta extraño encontrar referencias a la reunión de amigos para tratar algún tema de carácter filosófico, e incluso la propia congregación de filósofos. No resultaría extraño, en vista de lo presente, que el *espíritu agonal* llegase a estar presente allí en donde se juntasen al menos dos ciudadanos griegos. Los diálogos de Platón servirían de claro ejemplo a las referencias anteriores.

Estas referencias no las encontramos sólo en la literatura, sino que en el propio arte resultan frecuentes las escenas en las que se ha reflejado ese *espíritu agonal*. Basta con observar las esculturas y pinturas del arte heleno para encontrar imágenes de vencedores de carreras, jóvenes luchando, corriendo, lanzando jabalinas... así como trofeos de certámenes literarios. Encontramos, de este modo, al *espíritu agonal* también en el arte; siendo, además, uno de los temas más recurrentes de la temática plástica, apreciándose desde Knossos, Hagia Tríada, Micenas, Atenas... en frescos, esculturas y representaciones en la cerámica de diferentes estilos; así como en monumentos, siendo uno de sus máximos exponentes la linterna de Lisícrates.

Otro de los ámbitos de actuación del *espíritu agonal* lo encontramos en el campo jurídico, al enfrentarse ambas partes litigantes, y procurarse, cada una de ellas, la victoria sobre su rival. Aquí debería señalarse a la oratoria como otra disciplina, si bien, por su similitud o cercanía podríamos encuadrarla, a efectos prácticos, en el mismo ítem. En cualquier caso, sería necesaria su diferenciación autónoma, ya que bien pudiese ser independiente del campo jurídico.

No podemos dejar de lado a la música como otra de las actividades sobre la que lo agonal haría su aparición. Así existirían diferentes competiciones en las que los músicos deberían demostrar su destreza con los instrumentos, al tiempo que ésta podría estar presente en la misma celebración de los agones, bien fuesen de carácter fúnebre, gimnástico, dramático... Si bien, junto a la destreza ante un instrumento, debe tenerse presente también la existencia de los coros, y cuya acción no nos debería pasar desapercibida; siendo así, las artes escénicas y las plásticas dos géneros sobre los que el *espíritu agonal* se cierne sin lugar a dudas.

Junto a estos diferentes ámbitos de actuación de la competitividad griega, estaría también, dada la propia naturaleza de los griegos (en base a lo aquí expuesto), la rivalidad en todas las acciones de la vida cotidiana. Podríamos afirmar que el hombre griego sería portador de ese *espíritu agonal* en todas y cada una de sus acciones, de este modo estaríamos afirmando que la competitividad estaría presente allí en donde un ciudadano griego se encontrase ante un igual, allí en donde un ciudadano de una polis tuviese la oportunidad de demostrar su superioridad ante alguien —ya veremos que este alguien no podría ser cualquier griego— .

Ahora bien, hemos visto los campos de actuación de lo agonal, y se ha llegado a afirmar que en todas las actividades que un griego desempeña a lo largo de su vida podría estar presente, de modo que se podría hablar con propiedad de ese *espíritu agonal* entre los griegos, ya que se encontraría disperso en medio de las polis, de los recintos religiosos, de los propios centros agonales...en toda la extensión de terreno habitada por griegos.

Sin embargo, cabría matizar esta cuestión. No en cuanto a la referencia de lo propiamente agonal, si no más bien en cuanto al portador de la misma se refiere. Podría pensarse, después de lo dicho en las líneas precedentes, que el espíritu del que estamos hablando recubriría todas las cabezas de aquellos que se sentían identificados bajo un mismo idioma; sin embargo, esto no será así.

Existe toda una serie de restricciones en cuanto a la actividad agonal se refiere. En primer lugar, y con la salvedad de las panateneas, el hombre sería el único portador de dicho espíritu, o cuando menos, si no su portador, sí su consumidor público, ya que la mujer quedaría excluida (salvo en el caso ya señalado) de realizar cualquier tipo de competición, por lo que cabe suponer que o bien no sería portadora del *espíritu agonal*, o bien estaría limitada su actividad, impidiéndosele demostrar su superioridad frente a sus iguales.

Existe otra restricción que podría resultar tan genérica como la anterior, y es el ámbito específico de actuación del *espíritu agonal* sobre los poseedores de la ciudadanía de una determinada polis. Por ello, todos aquellos que careciesen de dicha característica, no podría disfrutar de dicho espíritu, o cuando menos, no de modo oficial. Esto nos llevaría a preguntarnos por la propia naturaleza del *espíritu agonal*, pero veremos que surgirán más cuestiones al respecto.

A las dos limitaciones previas, habría que añadir una nueva, resultando ser ésta algo más específica, ya que podríamos afirmar que el *espíritu agonal*, sería exclusivo de la aristocracia griega. Esto podría entenderse con facilidad si tenemos en consideración que sería la única clase social que podría permitirse el hecho de no desempeñar ningún trabajo para su sustento, teniendo la totalidad del tiempo libre, pudiéndolo dedicar a prepararse atlética, literaria, filosóficamente... para enfrentarse a otro ciudadano. Pero eso mismo, sumado a las restricciones anteriores nos llevaría a cuestionarnos la propia naturaleza del *espíritu agonal*, ya

que no sería propio de los griegos, sino más bien de la aristocracia de las polis, de modo que el campo de actuación de lo agonal quedaría restringido a un ámbito mucho más concreto.

Expuesto el interrogante, no se procederá a darle contestación (al menos una respuesta contundente) en estas líneas, queda abierta la posibilidad de reflexión sobre la cuestión, ya que proporcionar una respuesta sólida a dicho envite no resulta (desde el modesto punto de vista con que se pretende enfocar el presente artículo) ser una cuestión sencilla, e implicaría poner en movimiento todo un complejo engranaje que hiciese mover las diferentes esferas culturales, políticas y sociales, a la vez que religiosas, de la Grecia Clásica. Sería para ello necesario abordar una perspectiva mucho más global, al tiempo que requeriría un número de variables mucho mayor, y el único propósito de estas páginas es dar a conocer una posibilidad diferente en cuanto a la competición en Grecia se refiere, tomando como base la idea previamente expuesta por J. Burckhardt en su obra. Si bien, al final se esbozará un leve comentario que pudiese servir como marca de enfilación con la que guiar la embarcación a puerto, aunque evidentemente, ésta no sería la única referencia posible a tomar como referente.

Cabría, sin embargo, hacer un breve apunte sobre la victoria agonal, ya que dicho resultado estaría lejos de verse con los mismos ojos con los que se podría ver hoy en día. Por expresarlo de otro modo, se trataría de una victoria de carácter noble; no se pretendería con ella humillar al rival, sino que en ese juego (no entraremos aquí con la definición de *Homo Ludens* de Huizinga, por no ser el momento ni el lugar, aunque sí podría resultar interesante) se buscaría un procedimiento formal para que uno pudiese sentirse triunfar, sin por ello descalificar a su oponente. Ésto, en cierta medida explicaría otra de las cuestiones que pudiesen surgir de la reflexión sobre el espíritu agonal, que sería el por qué competir por una simple corona o monumento levantado en su honor, y lejos de poder ser para alcanzar la gloria eterna (aunque no se descartaría del todo esta hipótesis), se entendería aquí como un mecanismo de afianzamiento de la identidad, de elevación de la autoestima, de modo de mantener las condiciones físicas aceptables (y aquí se entraría a debatir su papel con respecto a la guerra y la coordinación, o subordinación entre ambos, lo que nos llevaría, en primer término a la obra de A. Brelich, *Guerre, agón e culti nella Grecia Arcaica*, pero lo que tampoco será tratado aquí), de toma de conciencia de unos rasgos comunes (como unas líneas más abajo se podrá observar).

Continuando con el tema que proporciona título al trabajo, podría hacerse mención ahora, vista ya la exclusión de las mujeres, restringida su expansión sobre la aristocracia de las polis, y en base a las actividades a las que haría referencia, a la acotación cronológica del fenómeno.

Se ha señalado unas cuantas líneas más arriba que la primera mención que tenemos de un encuentro (o enfrentamiento) agonal, se sitúa en el canto XXIII de la *Iliada*, lo que nos sitúa ante una referencia al siglo XII a. C. cuya redacción, a tenor de los filólogos, podríamos sin lugar alguno a duda, ubicar en el siglo VIII a. C. de modo que en cualquier caso, no sería un hecho (el narrado) posterior a dicha fecha, lo que ya nos establece unos márgenes superiores más o menos claros. Si bien, el grueso de la acción del *espíritu agonal* lo encontraríamos unos siglos más tarde, en concreto en lo que Burckhardt acordó denominar como la etapa del *hombre colonial y agonal*, encontrándose dicho período entre los siglos VI y V a. C. si bien, su desarrollo pleno lo encontramos la primera de ambas centurias, aunque evidentemente, su final no tiene lugar, al igual que su inicio, de modo repentino, y tendríamos que tener presente la idea de un descenso gradual de dicha fuerza (espíritu) entre los griegos, a pesar de lo cual se podrían ver pervivencias tiempo después. El intentar apuntar una fecha más o menos precisa para el cese de lo agonal, parece demasiado ambicioso, pero no resultaría demasiado aventurado afirmar que a la llegada de los romanos a territorio griego (así estaría atestiguada su pervivencia hasta la llegada de Antonino Pío, lo que nos sitúa a mediados del siglo II d. C.), todavía se dejaría ver algún resto de dicha actividad, a pesar de lo cual, sería a partir del siglo V a. C. cuando comenzase el declive del *espíritu agonal* entre los griegos.

Podría surgir aquí un nuevo interrogante que nos hiciese reflexionar acerca de la vida útil de dicha espiritualidad, y si ésta misma habría llegado hasta nuestros días. Bien parece evidente que no lo ha hecho en la forma que hemos intentado poner de manifiesto, pero sí es posible que lo hiciese mutando su fisonomía inicial y que el afán de superación y el espíritu de competición que reina hoy en día (al menos en algunas personas) fuese un pequeño legado del que en su día los griegos parecieron haber disfrutado.

Antes de pretender dar una definición satisfactoria, a modo de resumen que recoja todas y cada una de las características señaladas, faltaría por observar una cuestión que se relegó y que en cierta medida podría, llegados a este punto, resolverse de modo algo más satisfactorio.

Se trataría de dar respuesta al por qué de la existencia de dicho agón, o planteado de otra forma, el propósito e intenciones que estaría entretejiendo lo agonal entre los griegos. Por ello, si tenemos presentes las sucintas características esbozadas, podríamos afirmar, o cuando menos mantener la hipótesis, de que el *espíritu agonal* obedecería a una clase de fuerza que bien podría servir para reforzar a la propia aristocracia griega. Esto se podría entrever si tenemos en consideración el hecho de que al tratarse de fenómeno diferenciador, practicado sólo por un pequeño porcentaje de la población, serviría de instrumento para marcar las diferencias entre las diferencias sociales, al tiempo que reforzaría los vínculos de unión entre los iguales, esto es, entre la propia aristocracia, siendo un sistema de retroalimentación (feed-back) ya que ambos mecanismos estarían recíprocamente unidos con un único propósito.

A esta hipótesis podrían añadirse algunos aspectos más. Así, podría tenerse también en consideración el hecho de que el *espíritu agonal* podría haber servido de motor, de fuerza motriz de la colectividad griega. Esto se vería con nitidez al plantearse la naturaleza (o cuestionarse la existencia) de los juegos (olímpicos, píticos...), ya que generarían un vínculo de unión entre todos los griegos; serviría para establecer una alianza, un pacto de cordialidad y afecto. Serviría para postergar cualquier contienda y llevaría a un período de confraternidad.

Con estas dos expectativas se estaría tratando la esfera colectiva. Por un lado la concerniente a la clase aristocrática y por otro, ampliando el radio de acción, a la helenidad en sí misma. Sin embargo, sería posible encontrar un círculo de menor radio al que también se pudiese aplicar el por qué de la existencia de los agones. Esta esfera circunscrita atañería al plano individual, y no pretendería otra cosa de fortalecer el nivel de autoestima. Desempeñaría, por lo tanto, su influencia a nivel psicológico dentro del plano individual y serviría para crear un estado embriagador que alimentase la necesidad de auto justificación, de orgullo y afianzamiento de un sector de la población. Daría como resultado la delimitación de campos (estructuras sociales) y la fijación de uno de los estamentos, de modo que sus opuestos lo serían por la vía negativa (todos aquellos que no estuviesen incluidos, obviamente, estarían fuera de dicha esfera).

Es así cómo podría proporcionarse un enfoque que justificase la existencia de lo agonal, si bien es cierto que le pregunta más inmediata que surge, sería el por qué de la delimitación de lo agonal a dicha esfera de la sociedad griega de modo exclusivo; por qué tan sólo la aristocracia sería la parte de la población que disfrutase (disfrute activo, ya que se ha dejado entrever que existiría un público numeroso en los actos agonales de mayor representabilidad) de dicho espíritu, quedándose el resto libre de sufrir con ese motor que convertiría a los griegos en unidad, y los revestiría de un halo de fraternidad y de orgullo.

La respuesta, lejos de encontrarse en las fuentes clásicas, quizá debiese comenzar a buscarse en el propio Burckhardt, pero eso implicaría —y no se pretende descartar su verosimilitud— un vasto conocimiento de la vida y la obra del historiador basileo, lo que no se procederá a realizar aquí debido a la extensión que eso supondría y al desvío, sobre el tema principal deseado, que provocaría. Por ello, y como ya se ha señalado, lo que aquí se pretende es proporcionar un punto de vista diferente, abrir la posibilidad a otras interpretaciones que no sean las ya conocidas y limitadas a los juegos olímpicos sin más, al tiempo que se da a conocer una de las ideas más representativas e interesantes de uno de los historiadores europeos del siglo XIX más olvidados (o menos conocidos fuera de Alemania).

Finalmente, a modo de conclusión, podría dejarse fijado, en base a lo anteriormente expuesto, una definición final de lo que por espíritu agonal se entendería. Así pues, se trataría de: competitividad entre los hombres de la aristocracia griega, tanto en el plano físico como social (entiéndase no el mero echo de competir mediante el único empleo de la fuerza, velocidad o habilidad físico-motriz), con el único fin de obtener una noble victoria.

BIBLIOGRAFÍA

- BAZZICALUPO, L. (1990): *Il Potere e la Cultura. Sulle riflessione storico-politiche di Jacob Burckhard*. Napoli
- BURCKHARDT, J. (1966-1975): 5 vols. *Historia de la Cultura Griega*, Barcelona
- BURCKHARDT, J. (1971): *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona
- BRELICH, A. (1961): *Guerre, agoni e culti nella Grecia Arcaica*. Bonn
- COULANFES, F. de (1987): *La Ciudad Antigua*. Barcelona
- GOSSMAN, L. (2000): *Basel in the age of Burckhardt. A study in unseasonable ideas*. Londres
- HUIZINGA, J: (1972): *Homo Ludens*. Madrid